

ANGEL RAMA

LUIS CAMPODONICO, UN ADELANTADO

VEACIA meditados de la década del cincuenta se promovió en toda América Latina una nueva vanguardia que renovó la concepción de la literatura, acometió una rigurosa experimentación, modernizó el instrumental literario, engendró nuevos lenguajes artísticos, incorporó escuelas y movimientos extranjeros. Ya ha pasado suficiente tiempo como para medir los resultados de esta revolución que en la prosa narrativa nos ha deparado la obra de Mario Vargas Llosa y en la poesía la original creación del brasileño Haroldo de Campos, jefe visible de la "poesía concreta". Por diversas razones locales, el Uruguay no se incorporó con decisión al movimiento y sólo unos pocos escritores, que no consiguieron destacarse a consecuencia de la vigencia que siguieron conservando los modelos artísticos de los mayores (integrantes de la generación del 40), fueron capaces de encarar esta transmutación, la que habría de ser condenada a la indiferencia y al desconocimiento masivo.

Uno de ellos y de los más originales, fue Luis Campodónico, que acaba de morir en París a los 42 años de edad. Como el país ha sido frecuentemente esquivo para reconocer a sus originales (es sabido lo tardío de la fama de Julio Herrera y Reissig, lo indeseado aún de la fama de Felisberto Hernández) no es aventurado afirmar que Campodónico será la bandera de jóvenes futuros y que su obra silenciosa y tenaz tendrá lectores devotos que lo redescubrirán como un maestro o un congener anticipado.

Se había formado, humilísimamente, en las disciplinas musicales; en su período maduro, siendo ya pianista y compositor de los que iniciaron, ardientes, confusamente, la renovación del lenguaje musical. Sus composiciones para piano y para canto sobre poemas propios y ajenos, sus primeros intentos orquestales, así lo probaron. Pero ya desde entonces se proponía encontrar el campo exacto de su talento creador que más que específicamente en la literatura se ubicaba en la zona de un nuevo lenguaje que maneja la música, el espacio, la voz humana, los ritmos, y hasta el color y las formas. Para eso había de abandonar las tentaciones normales. Sé que Luuro Ayestavan pensó en él como uno de los poetas continuadores de su admirable obra y quizás a ese momento se debe el libro que Campodónico escribió sobre Manuel de Falla (Falla por su nombre, París, Du Seuil) aunque también a la

influencia que en ese período recibió del suizo talentoso músico español contemporáneo, Manuel de Falla.

Música e investigación musicológica fueron borradas un día de sus proyectos, para dedicarse por entero a la literatura. Comenzó con su naturalización del país, en 1945, pasando a residir en París hasta su muerte. En ese período se sitúan los pocos libros que publicara: una novela, La estatua (Montevideo, Arca), una colección de cuentos en francés, 33 contes (París, Mercure de France) que aún no ha alcanzado editor en español, algunos poemas y textos en prosa, como el que recogí en Cien años de raras. Pero todos estos textos, a los que pueden sumarse sus intentos más ambiciosos, verdaderos dramas musicales donde conseguía unificar todos los campos creativos, desde el Misterio para hombre solo que estrenó en Montevideo en su juventud hasta el reciente Clara Carla que se dio a conocer en París, no son sino escasos ejemplos de una tarea literaria que aún es desconocida y a la que consagró su vida. Porque en él la pasión de arte era más importante que todas las posesiones de la vida y oscuramente venía apostando al futuro no sólo a los cien años de Stendhal o a la modernidad sobreveniente, como Rimbaud.

En el mes de enero pasado estaba con él en París en un momento de su vida que sería adolescente pero subridada, un claro arte alucinado, un extrañamiento de todo lo que no fuera la creación artística que sólo cedía a la persuasión de la amistad, un desamparo sobrecolector. Llevaba una vida dura que aceptaba como el obligado ruego para poder escribir. Habíamos mantenido una correspondencia sobre su poesía, la cual, al cabo de los años, se había situado en una intersección lingüística (español, francés, italiano) que a mí me evocaba al Renga que él no conocía y algunos de los caminos que la trazado la vanguardia brasileña bajo el deslumbramiento de la poesía de Sôusa-andrade. Viviendo en París parecía aislado del mundo todo su propio obra había construido la esfera dentro de la cual habitaba, lo que no le impedía dedicar al hombre contemporáneo una serie de poemas de raro desgarramiento.

Allí me entregó largos extractos de Cortázar. No sé si pudo concluirlos. Hacía diez años que elaboraba ese texto donde pesa y vive se sustituyen, lo vulgar y lo narrativo se desplazan por lo esencial. La invención de palabras situaba todo en un territorio especo



que no encajaba en ninguno de los modelos conocidos y ni siquiera toleraba el ajusticiamiento por el buen gusto. No me atrevería a dictaminar sobre ese texto, con esos solos elementos: pero por allí pasaba una sensibilidad y una estética ajenas a aquellas que manejan habitualmente. Por eso es posible pensar que para esa visión del arte es necesario la aparición de un nuevo público, más seco y más tenaz, más riguroso en la apreciación de su texto, más liberado de los arcaísmos conversacionales que aún adormecen buena parte de la creación literaria entre nosotros.

Como han sido innumerables las pérdidas y los deterioros de la cultura del país, a algunos podría parecerle ocioso subrayar esa especial intensidad ésta. Pero es siempre la misma y vieja historia: la de que no se encienden las lámparas para ocultarlas bajo el almidón, y de que tampoco hay tantas lámparas encendidas y son tan, pero tan necesarias, que al menos perdiese, al menor ocultamiento, el menor ahogo que se les infiera, nos pone a todos en peligro, nos estruja y ahoga. Y como siempre, la misma vieja historia: la absoluta confianza interior en que habrán de ser descubiertas y colocadas sobre la mesa y que iluminarán a todas.